



Un Beso en un Taxi

Bebe Daniels



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.

24

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - BARCELONA

A KISS IN A TAXI 1932

UN BESO EN UN TAXI

Divertida comedia, interpretada por la genial

BEBÉ DANIELS

Es un film **PARAMOUNT**

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona

Un beso en un taxi

Argumento de la película

No había joven ni viejo de los que frecuentaban el café Pierre de Montmartre que no se enamorara de la linda Gabriela, la fierecilla que desempeñaba el cargo de cajera y camarera en aquel establecimiento. Todas las insinuaciones de sus admiradores eran recibidas con una lluvia de vasos y porcelana que amenazaban con arruinar al pobre Pierre, propietario del café.

León Lambert, que era el director de la Sociedad de Artistas, iba algunas veces al café acompañado de su buen amigo Enrique Le Sage, un solterón que amaba la vida de juerga.

Lambert era casado y sin hijos. Y a falta de preocupaciones en el hogar, gustaba de hacer el amor a las chicas guapas.

Cierta tarde Lambert y La Sage estuvieron en el café. La Sage pretendió besar a la linda muchacha y ella respondió a la ca-



...la linda Gabriela...

ría tirándole una copa contra su cabeza.

Lambert se enfureció y después de curar a su compañero, le dijo:

—Eres un chapucero. No sabes hacer bien las cosas. Verán cómo yo la beso.

Y dirigiéndose hacia Gabriela, que tenía un genio de todos los demonios, le dijo:

—Gabriela, una joven linda como usted no debería tener que trabajar para vivir.

—Usted no es lo suficiente buen mozo para mantener a nadie más que a usted mismo — respondió ella.

—Pero soy valiente para darle un beso.

Y quiso acercarse, pero Gabriela, que no respetaba la ajena propiedad, cogió una botella y la lanzó contra él.

Lambert pudo agacharse a tiempo, mas un joven que acababa de llegar al café fué la víctima del botellazo.

Lambert y su amigo La Sage pusieron inmediatamente pies en polvorosa, temerosos de dejar allí la piel. ¡Vaya fierecilla aquella!

El dueño, Pierre, estaba furioso. ¡Su camarera le quitaba los clientes y la vajilla!

Gabriela, sin hacer caso ya de nadie, se dirigió a curar al recién venido.

—¿Te he hecho daño, Luciano? ¡Cuánto lo siento, bien mío!

Luciano Cambolle, un joven pintor, era el novio de Gabriela.

—No... es nada... no tiene importancia — contestó él.

—¿Verdad que no te has enfadado conmigo, Luciano?

Y para quitarle todo resabio de indignación, le besó suavemente en los labios.

El la miró dulcemente. Anaba a Gabriela... pero le parecía tan lejano el momento de casarse con ella...

—¿Serías capaz de casarte con un fracasado? — le dijo —. La Sociedad de Artistas rechaza mis cuadros.

—Fracasado y todo me casaré contigo. Algún día vendrán a mendigar tus cuadros los que ahora los rechazan.

—Gabriela — dijo él, tristemente—. Mi tutor, que desde la muerte de mis padres usufructúa mi fortuna, me ha suspendido la pensión, enterado de que quiero casarme contigo, una mujer sin dote, una camarera...

—¡Pobre Luciano! Pero vete con tu tutor, si quieres. No debes sacrificarte por mí.

—No, chiquilla! Yo me defenderé contra él... Procuraré convencerle. Y si no, prescindiremos de él... y nos casaremos igualmente.

La besó y poco después salió del café decidido a alejar de aquel ambiente a la chiquilla.

León Lambert tenía en su propio hogar el despacho de la Sociedad de Autores.

Al día siguiente comentaba con su amigo Enrique el mejor modo de que Gabriela accediera a sus anhelos.

En otra habitación se encontraban Celestino Maraval y una mecánografa.

Celestino, tenedor de libros de la Sociedad de Artistas, conservaba en perfecto estado las cuentas... y la moralidad. Así ante determina-

das insinuaciones que con el pie le hacía la mecanógrafa, una muchacha extremadamente



—Algún día vendrán a mendigar tus cuadros los que ahora los rechazan.

picaresca, se indignó, y salió enfurecido del despacho.

Llegó a la estancia donde estaban Lambert y Enrique, y dijo:

—Señor Lambert, si despidiese usted a mi mecanógrafa me haría un gran favor.

—¿Por qué motivo?

—En todo el santo día no hace más que provocarme, y a mí eso me pone muy nervioso, ¡caramba!

—Dígale que venga, que quiero hablarle.

Entró la mecanógrafa, y Lambert le dictó una carta. Era guapa aquella muchacha. ¡Oh, de ninguna manera quería despedirla!

—No puede despedirla — le dijo aparte y en voz baja a Celestino—. Tóclela la máquina de escribir que es un gusto y a mí me agrada.

—¿Le agrada?

—Sí, me agrada su manera de teclear...

La mecanógrafa después de escribir la carta abandonó el despacho envolviendo de nuevo en una lánguida mirada al tenedor.

Celestino protestó:

—Esa muchacha se ha enamorado de mí, ¡diable!, y yo no estoy ya en edad de amores. Acabo de cumplir los cincuenta. Y mi única debilidad es el vino.

—Es usted un hombre original — dijo Lambert, riendo—. Mire, déme su dirección para mandarle una caja de botellas de su debilidad.

El tenedor de libros le dio su tarjeta, reconociendo a la amabilidad.

Y marchó Celestino a sufrir de nuevo el tormento de las insinuaciones de la secretaria.

Enrique dijo riendo a su amigo Lambert:

—Si esa mecanógrafa le parece a usted bonita, Lambert, la camarera del Café de Pie-

re le parecerá la Venus de Milo.

—Ya lo creo. Mire, ahora no puede ser porque tengo un compromiso con un cliente, pero apuesto a que le doy un beso a Gabriela cuando la vea.

—¿Y si ella se defiende otra vez?

—No podrá...

El cliente al que debía atender Lambert, usaba faldas... Era otra de sus elegantes conquistas.

Media hora más tarde, Lambert iba en un taxi con Elena, una bella mujer, amiga, por cierto, de su esposa.

—Si te compro un ramillete, ¿me darás un beso? — le preguntó a ella.

—Si — respondió ella.

—Pues, pronto. ¡Al florista que esté más cerca! — advirtió al chofer.

Poco después el coche se detenía ante una tienda de flores, cercana precisamente al Café de Pierre.

—Espérame que voy a comprarte un ramo...

Descendió del auto y tuvo que esperar largo rato en la tienda a que despachasen otros compradores.

Aburrída, Elena bajó entre tanto del coche y viendo el escaparate de una joyería, se acercó a contemplar las alhajas.

Algunos entraban en el café de Pierre en busca de un beso y salían de él descalabrados.

Esto le sucedió en aquel instante a cierto sujeto que se propasó con Gabriela y a quien

la joven tiró medio establecimiento encima, a pesar de las furiosas protestas del dueño.

El atrevido mancebo huyó a la desbandada, perseguido hasta la calle por Gabriela, quien teniendo aún en la mano una taza la tiró contra él, con tan pésima puntería, que el proyectil vino a posarse sobre la nariz de un policía.

Asustada, Gabriela pretendió huir y se encerró sin ser vista en el coche allí detenido, ocultándose bajo una manta. Era precisamente el de Lambert.

El guardia vagó desorientado sin encontrar a la agresora.

Lambert volvió al auto y viendo una figura tapada creyó que se trataba de Elena, la abrazó estrechamente y desluciendo la manta la besó, aturcido, en los labios.

Ella se destrozó rápida de aquel hombre y la sorpresa de ambos fué indescriptible al reconocerse. ¿Cómo estaban los dos allí?

El chofer, que permaneció hasta entonces ajeno a todo, volvió la cabeza hacia ellos y Gabriela, indignada, le pegó tal bofetón, que el conductor, con la mano sobre el volante, emprendió desorientada marcha y el coche entró violentamente en el café de Pierre, produciendo destrozos a granel.

El señor Pierre puso el grito en el cielo.

—Miserables, miserables, acaban de destrozarme toda la vajilla!

Gabriela y Lambert salieron desorientados del coche y Pierre la increpó furiosamente.

—Bien, ¿y quién me paga eso? — gritó—.

¡Ya me lo suponía! Donde hay vidrios rotos has de estar tú, Gabriela.

Pero el chofer se negó a abonar ninguna cantidad. Tenía la culpa la señorita que había provocado la marcha.



¿Cómo estaban los dos allí?

—Yo no hice nada — protestaba Gabriela.

—Pues si no me pagan ahora, me pagarán mañana ante el juez — gritó Pierre.

Comprendiendo que iban tal vez a enredarles en algún asunto judicial, Lambert, que era lo suficiente rico para derrochar unos billetes, accedió: —

—Bien — dijo —. Méndame usted la cuenta. Aquí está mi tarjeta. Ya pagaré yo.

No encontrando en el bolsillo tarjetas suyas, le entregó la que le había dado aquel día el tenedor de libros Celestino Maraval. Poco importaba. Así hasta su nombre quedaría oculto bajo otro perfectamente desconocido.

Pierre se calmó ante las buenas palabras de Lambert, y Gabriela, que hasta entonces se había mostrado exaltada, pareció también olvidar la ofensa al leer la tarjeta.

—Sentiría mucho ofender a un miembro de la Sociedad de Artistas — le dijo.

—Un beso tan sabroso como el del taxi vale más que esto — contestó Lambert.

—¡Muy bien! — respondió Gabriela —. Entonces pagará cincuenta mil francos por los platos rotos.

—Pero eso es un abuso. Por cincuenta mil francos se puede comprar el café.

Una idea pareció ocurrirle al señor Pierre que quería deshacerse del establecimiento.

—Y, ¿por qué no compra el café y deja que Gabriela corra con él?

¿Y yo qué saldría ganando con ello?

—Gabriela se lo pagaría con creces, ¿verdad? Si comprara usted el café para ella...

Gabriela, que era huérfana, convino en aceptar aquel proyecto. Le convenía estar bien con un miembro de la Sociedad de Artistas, porque pensaba en el desdichado Luciano.

En cuanto a lo de pagarlo con creces, eran cosas de otro cantar.

Sonrió a Lambert y éste, seducido por aquel rostro juvenil, pensando que le iba a serle más fácil la conquista de Gabriela, aceptó el trato.



—Sentiría mucho ofender a un miembro de la Sociedad de Artistas.

—¡Bien! — dijo—. ¡Gabriela es la dueña del café!

Pero no quiso dar su verdadero nombre, temiendo que la noticia se esparciera por París. De ningún modo. Por el momento usurparía el de su pobre y moralista tenedor de libros, Celestino Maraval. ¡Si se hubiese enterado ese buen hombre!

Al salir, ya Elena, cansada de esperar, había desaparecido.



Pasaron unos días. El estropicio de tazas, vasos y cosas continuaba, pero, ¿qué le importaba ya ahora a Pierre?

Pierre seguía como encargado del café, aunque había cobrado ya sus cincuenta mil francos.

Gabriela no abandonaba la tienda, pues Lambert apenas se acercaba por allí, limitándose a enviarle cada día un magnífico ramillete de flores.

Un día estuvo a verla.

—¿Qué tal va mi linda rompe-vasos? — le dijo.

—Señor Maraval, hoy comienzo a pagarle — contestó ella, que sólo conocía a su protector por aquel nombre.

Y le entregó un rollo de billetes que él rechazó.

—¿Te has propuesto burlarte de mí, diablo con falda? Va me pagarás más adelante!

Ella no insistió y cogió de un rincón un gran cuadro pintado por Luciano y rechazado por la Sociedad de Artistas.

—Este es el cuadro de que le había hablado. ¿Quiere usted llevárselo? — le dijo.

—Ahora no estoy para cuadros — contestó él—. No quiero que me pagues la tienda con dinero. De ningún modo. Lo que deseo es tu amor.

Y la besó en el cuello y ella, sorprendida, se defendió enérgicamente, tirando copas y platos, moviendo un escándalo mayúsculo que



...se defendió enérgicamente.

se apaciguó con la llegada del señor Pierre.

—Vamos, no disgustarse — dijo—. Tengo la completa seguridad de que el señor Maraval se quedará con el cuadro. Y Gabriela le perdonará, si le acepta el cuadro de Luciano.

Aceptaron los dos... e hicieron las paces. A la misma hora, Luciano entraba en la cercana tienda de flores a adquirir un ramo de rosas.

—Póngalas en una caja y envíelas a la señorita Gabriela — dijo.

—Qué contenta se pondrá cuando lo reciba! — dijo el vendedor—. Es igual al que le manda todos los días su nuevo "amigo"?

—¿Qué está usted diciendo, canalla? — gritó Luciano.

—Todo Montmartre lo sabe... Es el mismo que le compró el café de Pierre.

Luciano, que ignoraba lo ocurrido, se exaltó y corrió al café. Viendo a Lambert hablando con Gabriela, se dirigió a él cuchillo en mano:

—¿Cómo usted es el Tenorio que encubre sus hazañas comprando cafés a sus inocentes víctimas?

Lambert retrocedió horrorizado. Acudió Pierre, que, temiendo un grave conflicto, quiso aclarar la situación con una mentira:

—Es el papá, de Gabriela, Luciano; no se dispute usted. El ha comprado la tienda para su hija.

—Usted es el papá?

—Sí... sí... yo — dijo Lambert.

Gabriela callaba, sorprendida.

—¿No me dijiste, Gabriela, que tu padre había muerto? — preguntó Luciano.

—Lo dije porque estaba avergonzada de él...

Lambert, comprendiendo que era preciso seguir la farsa ante aquel celoso, agregó:

—Sí, cuando Gabriela andaba a gatas, mi mujer obtuvo el divorcio. Poco después yo me casaba de nuevo.

—¿Y cómo dejó abandonada usted así a su hija?

—Porque mi mujer es muy celosa, si no, hace años que Gabriela viviría con nosotros.

—¿Qué insensato fui! ¡Hace un instante que me dió el mal pensamiento de matar a ustedes dos! Y yo quiero pedirle humildemente que me conceda la mano de su hija.

—Las gracias tengo que dárselas yo a usted porque sé que mi hija ha caído en buenas manos.

Luego se despidió de ellos, llevándose el retrato para llevarlo a la Galería de los Artistas. Pero al pasar ante un armario, sin ser visto lo metió en él.

Luciano se había ya tranquilizado. Y temiendo Gabriela una explosión de celos de su novio, accedió también a considerarse hija de aquel sujeto que había comprado el café y al que en el fondo ella odiaba.

Luciano se despidió de ella. Al salir, una mujer, la misma que había ido un día en el taxi con Lambert, se acercó a Luciano y le dijo:

—Dispense mi indiscreción. ¿Tiene usted algún negocio con Lambert? ¿Sabe si él tiene que hacer aquí todos los días?

—¿Lambert? ¡No le conozco!

—El caballero ese que acaba de salir con un cuadro.

—Ah, sí, tenemos negocios — respondió, extrañado.

—Gracias, señor. Verá usted, como yo soy antigua de su esposa, suponía que venía aquí en busca de alguna mujer — dijo, ocultando sus celos.

Luciano sonrió. Adivinó desuniones en el hogar. ¡Y aquella pobrecita Gabriela, teniendo un padre rico, estaba condenada a vivir en un cafetín! ¡Parecía mentira!

—Dígame — preguntó — ¿qué clase de mujer es la esposa del señor Lambert?

—Es un alma caritativa. Amiga de los pobres y protectora de las muchachas desvalidas, como su esposo.

—Muchas gracias.

La mujer marchó y Luciano concertó instantáneamente un plan. Era preciso que Gabriela fuera a vivir con su padre. Entró de nuevo en el cafetín y dijo a la muchacha:

—Vístete el mejor traje que tengas y aguarda, te estoy preparando una sorpresa.

Y en seguida se dirigió al domicilio de Lambert, preguntando por la señora. En presencia ya de esta respetable dama, explicó sencillamente como Lambert, de su primer matrimonio — casualmente se había casado dos veces — tenía una hija que permanecía abandonada. El, Luciano, que amaba a la muchacha, venía para impetrar un puesto en aquella casa para la pobre niña.

—Si usted no fuese tan celosa, señora, su marido no tendría ningún inconveniente en reconocer a Gabriela como hija suya...

La señora Lambert, que era un pedazo de pan, no se indignó. ¿Por qué entonces su esposo no le había advertido de la existencia de aquella criatura?

—Voy a adoptarla — dijo —. Lambert sabe perfectamente que siempre he deseado una hija. ¿Por qué no me lo dijo antes?

—¿Permitirá, pues, que Gabriela venga aquí?

—Sí, sí... ¿qué sorpresa tendrá mi marido cuando llegue!

Luciano mandó un coche a Gabriela con el recado de que fuese inmediatamente al domicilio de Lambert.

Unos minutos después, llegaba Gabriela, extrañada de aquellos acontecimientos.

—Señora de Lambert — dijo Luciano, señalándole a la muchacha —, aquí le presento a Gabriela... Gabriela, la señora Lambert te va a adoptar...

—Pero, tú... yo — dijo Gabriela, desorientada, no comprendiendo aquella escena insólita. ¿Por qué estaba ella allí? ¿Por qué la abrazaba tan estrechamente aquella dama?

—Tú serás la hija que tanto he deseado — le dijo la señora —. ¿Qué alegría para el buen Lambert!

Gabriela no osaba hablar, tan sorprendida se encontraba.

—Voy a prepararte un poco de ropa mejor que ésta — dijo la señora.

Y se alejó dejando solos a Gabriela y Luciano.

—Pero, ¿tú no sabes, Gabriela mía? Eres hija del señor Lambert.

—¿Y qué?

Gabriela estaba desorientada. Ignoraba en absoluto quién era el señor Lambert, pues ella no conocía a éste por su verdadero nombre, sino por el de Maraval.

—¿Y quién te ha dicho que yo soy hija de ese señor?

—¿Toma, él mismo! ¿No te acuerdas? ¿Qué contento estoy! Ahora podremos casarnos. Mi tutor no pondrá reparos cuando sepa que eres hija de un caballero distinguido.

A Gabriela le daba el mundo vueltas. ¿No habría bebido demasiado en el café? ¿No estaría soñando?

—Voy al café a anunciar que te despidas de allí. Adiós, Gabriela.

Y después de besarla, partió mientras Gabriela no acababa de salir de su asombro. ¿Qué flo tan enorme era aquel! Ella, hija de un caballero a quien no conocía!

En un despacho cercano, el buen tenedor de libros y la pizpireta mecanógrafa habían sostenido otro altercado. La dependienta quiso insinuarse de nuevo con el tenedor y éste le clavó... sus dientes. Sostuvieron una violenta disputa durante la cual el señor Maraval anunció a la empleada que quedaba despedida.

La mecanógrafa salió al salón dando gritos, y al ver a Gabriela le dijo:

— ¡Ese señor Maraval que me ha despedido!

— ¿Maraval? — preguntó Gabriela extrañada de que pronunciasen aquel nombre—. Supongo que no querrá usted decir Celestino Maraval.

— El mismo, señorita. ¡Por ser amable con él, me ha despedido! ¡Viejo aborrecedor de mujeres!

— ¿Aborrecedor de mujeres? ¡Perseguidor de mujeres querrá usted decir! — gritó Gabriela, asombrada—. ¿Y dónde está ese hombre?

— Aquí al lado.

— Voy a verle.

Entraron en el despacho y vieron la figura ridícula del tenedor.

— ¿Es usted Celestino Maraval? — le preguntó Gabriela intrigada.

— El mismo, señorita.

— Pues en París tiene usted la mar de imitadores. Yo soy Gabriela, la del café de Pierre. Un hombre que dijo llamarse como usted, compró el café para regalármelo.

— ¿Cómo se atreve nadie a usar mi apellido honrado para comprar cafés a muchachas? — gritó el empleado fuera de sí—. Voy a hacer que la policía investigue ese escándalo.

— No llame aquí a la policía — advirtió Gabriela—. Podría molestar a la señora de Lambert.

— ¡Oh, yo voy a volverme loco! ¡Mi nombre, mi honrado nombre!

Y salió a la calle, buscando en el aire un poco de paz a sus nervios alterados.

La mecanógrafa marchó también, poco después, y Gabriela esperó en el salón los acontecimientos.

León Lambert y su amigo Enrique Le Sage llegaban a la casa del primero.

— Celebro que por fin te hayas podido librar de Gabriela — le decía Enrique.

— Sí, chico, ya no la veré más. Se la he cedido a un pobre lázaro para que se case con ella. Era una mujer imposible.

Estaban en el hall.

Apareció la señora Lambert, quien después de saludar a Enrique, dijo dulcemente a su marido:

— León, ¿por qué me ocultabas tus visitas diarias al café de Pierre?

— Yo? — repuso él asombrado—. Yo no iba nunca, nada sé...

— Lo sé todo, querido...

La sorpresa de Lambert y Enrique era inmensa. ¿Por qué tal actitud?

— ¿Lo sabes todo y aún me llamas querido? — preguntó con miedo.

— ¿Por qué no? — respondió la amable esposa—. Lo único que siento es que no me hayas hecho conocer antes a Gabriela.

— Ay, ay, ay!

— Haiste mal en no traerla antes. Voy a adoptarla. De esta manera podréis estar siempre juntos.

—¡Estoy soñando! ¡Tú deliras! ¡Ambos estamos locos!

—¡No, no, y prepárate para recibir una gran alegría!

Saló de allí y Lambert y su amigo comentaron lo inaudito del suceso. ¿Se habría vuelto loca de repente su mujer?

Pero su asombro fué indescriptible cuando poco después reapareció la señora Lambert con Gabriela.

—Besa a tu padre, querida.

—Oh, usted ¿mi padre?

Cayeron ambos casi desvanecidos. La emoción les embargaba. ¿Qué terrible equívoco se encerraba allí!

—Besa a tu padre, querida — dijo la señora Lambert.

Gabriela, horrorizada, creyendo soñar, rogó que la dejaran unos momentos sola con papá.

Salieron la esposa y Enrique, y entonces Gabriela preguntó al supuesto Maraval, mirándole con furiosa indignación.

—¡Habrás visto! ¡Es usted un canalla! ¿Por qué ha dicho que era mi padre? ¿Qué móvil le guía a usted para traerme aquí, teniendo una esposa como un angel? Además, ¿por qué ha cambiado de apellido? ¿Por qué se hizo usted pasar por Maraval?

—Calle, calle, no me discutes y salga inmediatamente de casa — gritó él, enloquecido.

—¡Ah, no! Ahora necesito ser su hija. ¿Quiere usted que me conforme con perder

la única oportunidad de casarme con Luciano? ¡Jamás!

—Pues si no se va, le diré a Luciano que compré el café para usted.

—Muy bien. Y yo en cambio le diré a su esposa lo ocurrido y ella entablará divorcio.

—¡Ah, maldita! ¿Cómo ha venido aquí?

—En coche, muy sencillamente. Luciano me ha traído.

Entraban de nuevo la señora Lambert y Enrique y la conversación se generalizó, y la esposa de León se sintió feliz ante la dulce hija del marido...



Al día siguiente, durante el almuerzo, el señor Lambert sufrió horrores.

Gabriela estaba contenta con su nueva existencia y pensaba continuar la farsa hasta que se hubiese casado con Luciano. Luego, seguramente, Luciano la perdonaría.

Llegó Luciano y después de saludar a Lambert que le envolvió en una mirada furibunda, y a su señora, comunicó a Gabriela que estaba dispuesto a casarse pronto, y que ya había avisado al tutor. Si él no daba el permiso, se casarían de todos modos.

—No os preocupéis por dinero — dijo la señora Lambert—. León os dará doscientos mil francos como dote de Gabriela.

—Eso es atroz — rugió Lambert.

—Pues si te parece le daremos trescientos mil. Y ya que hablamos de dinero — siguió

—¡Estoy soñando! ¡Tú deliras! ¡Ambos estamos locos!

—¡No, no, y prepárate para recibir una gran alegría!

Salió de allí y Lambert y su amigo comentaron lo inaudito del suceso. ¿Se habría vuelto loca de repente su mujer?

Pero su asombro fué indescriptible cuando poco después reapareció la señora Lambert con Gabriela.

—Besa a tu padre, querida.

—Oh, usted ¿mi padre?

Cayeron ambos casi desvanecidos. La emoción les embargaba. ¿Qué terrible equivoco se encerraba allí!

—Besa a tu padre, querida — dijo la señora Lambert.

Gabriela, horrorizada, creyendo soñar, rogó que la dejaran unos momentos sola con *papá*.

Salieron la esposa y Enrique, y entonces Gabriela preguntó al supuesto Maraval, mirándole con furiosa indignación.

—¿Habráse visto! ¿Es usted un capalla! ¿Por qué ha dicho que era mi padre? ¿Qué móvil le guía a usted para traerme aquí, teniendo una esposa como un angel? Además, ¿por qué ha cambiado de apellido? ¿Por qué se hizo usted pasar por Maraval?

—Calle, calle, no me discutas y salga inmediatamente de casa — gritó él, enloquecido.

—¡Ah, no! Ahora necesito ser su hija. ¿Quiere usted que me conforme con perder

la única oportunidad de casarme con Luciano? ¡Jamás!

—Pues si no se va, le diré a Luciano que compré el café para usted.

—Muy bien. Y yo en cambio le diré a su esposa lo ocurrido y ella anulará divorcio.

—¡Ah, maldita! ¿Cómo ha venido aquí?

En coche, muy sencillamente. Luciano me ha traído.

Entraban de nuevo la señora Lambert y Enrique y la conversación se generalizó, y la esposa de León se sintió feliz ante la dulce hija del marido...



Al día siguiente, durante el almuerzo, el señor Lambert sufrió horrores.

Gabriela estaba contenta con su nueva existencia y pensaba continuar la farsa hasta que se hubiese casado con Luciano. Luego, seguramente, Luciano la perdonaría.

Llegó Luciano y después de saludar a Lambert que le envolvió en una mirada furibunda, y a su señora, comunicó a Gabriela que estaba dispuesto a casarse pronto, y que ya había avisado al tutor. Si él no daba el permiso, se casarían de todos modos.

—No os preocupéis por dinero — dijo la señora Lambert—. León os dará doscientos mil francos como dote de Gabriela.

—Eso es atroz — rugió Lambert.

—Pues si te parece le daremos trescientos mil. Y ya que hablamos de dinero — siguió

diciendo la señora—, ¿cuándo me darás los doscientos mil francos para el fondo de caridades para las jóvenes desamparadas?

—Sí, todo, todo os lo daré...

Lambert creía que el mundo estaba trastornado. Le iban a arruinar entre todos.

Una hora más tarde llegó su amigo Enrique a quien Lambert condujo a su despacho y le enteró de todo, rogándole que pensase algún plan para que pudiera librarse de Gabriela.

Medió Enrique unos momentos y dijo:

—Voy a llamar a tu esposa y ya verás como te libro de Gabriela.

Luciano había salido, dirigiéndose en busca de su tutor. Gabriela permanecía en su cuarto soñando en la dicha que le aguardaba.

La señora Lambert acudió al llamamiento de su marido y Enrique la explicó con tristeza:

Señora, se avecina un gran escándalo, Gabriela debe salir de París inmediatamente.

—¿Por qué motivo?

Su nombre anda mezclado con el de un juerguista. Le compró un café y aun sigue siendo la comidilla de todo Montmartre.

Lambert hacía el papel de indignado.

—¡Mala hija! —decía—. ¿Es posible? ¿Un café? ¿No quiero volverla a ver en mi vida! ¡Echémosla inmediatamente de aquí!

—Poco a poco —dijo la señora Lambert— Jamás se debe culpar a la mujer. El hombre es el culpable. ¿Quién es él?

Lambert calló. Enrique mantuvo su negativa. No podía decir el nombre.

—Exijo su nombre. Lo quiero. Sino creeré que tal vez es alguno de ustedes —rugió la dama.

—Por Dios, señora. En fin, ya que insiste —dijo Enrique—, es... Celestino Maraval.

Enrique no conocía a Maraval, pero como sabía que Lambert habíase ocultado bajo este nombre, creyó que se trataba de algún nombre supuesto.

Lambert le contempló asombrado. ¿Qué había dicho, pedazo de animal? ¿No sabía que Maraval era el teneor de libros de la Sociedad? Tampoco la señora Lambert salía de su asombro.

Y en aquel instante apareció el pobre Maraval a quien la señora Lambert acogió con insistentes epítetos:

—¡Canalla, atrevido, sinvergüenza! ¡Comprarle un café a la señorita Gabriela! ¡Lambert, cumples con tu deber de padre y castígame!

Y salió de allí en compañía de Enrique, dejando al buen Celestino Maraval como quien ve visiones. ¿Se había vuelto loca aquella señora?

Ya solos, Lambert, considerando la difícil situación de su empleado le dió a beber unas copas y dijo:

—Maraval, la Sociedad acordó mandarlo de vacaciones con todos los gastos pagados. Pero

no haga caso de nada de lo que pase aquí... Si lo estrangulo, no haga caso.

—Pero... yo...

—Le daré a usted tanto dinero como quiera. Lo único que tiene usted que decir es que conoció a Gabriela en el café Pierre y que usted es su "amigo".

—Precisamente, han usurpado mi nombre en este asunto. No, no, yo no hago lo que usted dice, ¿Y la honra de mi apellido?

—Pensión vitalicia a doble sueldo, si acepta.

Maraval bebió dos copas más... sintió un calorcillo por todo el cuerpo y aceptó. ¿Qué le importaba a él nada? ¿Vivir de renta toda la vida! ¡Admirable!

—Y ahora no se asuste de lo que me vea hacer — dijo Lambert.

Comenzó a tirar jarros y botellas al suelo, mientras Maraval seguía apurando vino.

Luego abrió la puerta y dijo a su esposa y a Enrique señalando a Maraval:

—Ese ranalla se tambalea de la paliza que le he propinado.

En aquel momento apareció Gabriela y a una señal de Lambert el teneidor de libros se echó sobre la muchacha.

—Gabriela, mi Gabriela! — gritó.

—Pero, ¿qué dice ese hombre? ¿Está loco?

—Lo sabemos todo, pobre Gabriela! — explicó la señora Lambert.

Gabriela vió horrorizada que llegaba Luciano con un caballero, y desprendiéndose de los brazos de Maraval, a quien tomó por loco,

le llevó a una habitación cercana, encerrándole en ella. Maraval se tambaleaba por los efectos de la embriaguez.

Todos estaban estremecidos. Luciano, sonriente, avanzó y presentó al señor que le acom-



—Lo sabemos todo, pobre Gabriela.

pañaba. Era el tutor que ya no se oponía a la boda, en vista de que Gabriela era hija de respetable familia.

Saludaron todos a los recién venidos, pero contemplando temerosos la puerta que ocultaba a Maraval.

—Pero es posible, señor Lambert, que sea

usted de padre de una camarera? — preguntó el tutor.

— Sí, lo hacía para estudiar de primera mano las condiciones sociales del gremio — respondió él.

— Tengo que regresar a Chantilly inmediatamente. Extenderemos el contrato matrimonial y demás papeles ahora mismo. Avisen inmediatamente al notario — siguió diciendo el tutor.

Luciano telefonó al notario, que prometió venir en seguida.

Lambert y Enrique estaban nerviosísimos. Si salía Maraval de su escondite y comenzaba a decir que era el "amigo" de Gabriela! También Gabriela sufriría inmensamente. Luciano aparecía ajeno a lo ocurrido...

Mientras esperaban la llegada del notario en una sala contigua, Maraval salió de su escondite... Llevaba una botella en la mano... Fué al recibimiento. La cabeza le daba vueltas...

Llamaron a la puerta. Era el notario, quien fué conducido por un criado al salón.

Volvieron a llamar; Maraval abrió y ante él apareció un individuo con un cuadro bajo el brazo.

— Soy Pierre... el del café — dijo el visitante —; la señorita Gabriela olvidó llevarse este retrato.

— ¿Por quién pregunta usted? — preguntó Celestino.

— Por el señor Maraval.

— El señor Maraval soy yo!

— ¿Usted? ¿Usted el que compró el café? ¡Impostor!

— Usted me insulta, ¡miserable! ¡Impostor yo?

En aquel instante vieron pasar a lo lejos a Lambert, y Pierre dijo:

— ¡Ah, aquél es el verdadero señor Maraval!

— ¡Miente, miente usted!

Lanzóse Celestino contra Pierre obligándole a salir del recibimiento y cerrando la puerta tras él.

Viéndose en la escalera, sin poder entrar de nuevo, Pierre optó por ir a avisar a la policía...

¿Qué pasaba en aquella casa?

Nadie había presenciado la escena.

El tenedor de libros gritó exaltado:

— ¡El miserable Lambert! Se está burlando de mí. Quiero alejarme de esta casa... ¡Ha usurpado mi nombre!

Y avanzó hacia el salón donde en aquel momento iba a firmarse el contrato matrimonial...

Todos le contemplaron horrorizados al ver su aspecto enfurecido. ¿Qué quería?

Maraval avanzó y dijo:

— Usted, señor Lambert, es un miserable que usa mi tarjeta para comprar cafés a las mujeres bonitas... Y luego me propone usted que me haga pasar por "amigo" de ellas. ¿Verdad?

Lambert y Enrique se miraron... ¡Buena

la habían hecho!... Luciano y Gabriela creyeron efectivamente que aquel pobre hombre se había vuelto loco... y en cuanto a la señora Lambert, no supo qué pensar de todo aquello.

—Amigo Maraval — dijo Lambert, conciliador—, está usted equivocado... Yo nada sé de lo que me dice...

El tutor, alarmado por las palabras de Maraval, dijo:

—Me niego a firmar los papeles de la boda hasta que se sepa lo que este hombre quiere decir ...

—No le haga caso — explicó Enrique Le Sage—, es un viejo empleado del señor Lambert que ha perdido repentinamente el juicio.

—Conque ha perdido el juicio, ¿eh? — protestó Maraval—, ¡Ya veremos quién es el loco!

En aquel instante entraron Pierre y dos gendarmes. El antiguo dueño del café, creyendo que estaba ante un impostor, mandó detener a Maraval.

—Ese hombre está usurpando la personalidad del verdadero propietario del café... Se hace pasar por el dueño.

—¡Sí... sí... deténganlo! — dijo Gabriela—, ¡Está loco!

Y a pesar de las protestas del pobre Maraval, éste fue detenido y llevado a la delegación por los gendarmes.



Convencido finalmente el tutor de que

aquel hombre estaba loco... y de que Gabriela era realmente la hija del señor Lambert, consintió en la boda. Y acto seguido firmó el contrato matrimonial...

Gabriela había obtenido, pues, la felicidad casándose con Luciano, y en agradecimiento iba a olvidar las ofensas de Lambert...

Lambert corrió a la comisaría a liberrar a su empleado y le dio además una gran indemnización para que guardarse silencio... Maraval aceptó y de este modo... la tempestad se diluyó en un vaso de agua. Puso también como condición que habían de despedir a la mecánografa.

Al día siguiente, Gabriela, incapaz de seguir mintiendo, contó toda la verdad a Luciano y a la señora Lambert... y ésta, conmovida por los ruegos de la supuesta hija y el arrepentimiento de su marido... perdonó aquella comedia...

No se volvió a hablar más del pasado... Gabriela traspasó la tienda de nuevo a Pierre... y en lo sucesivo el señor Lambert y su amigo Enrique se prometieron no reincidir nunca en aventuras...

Ya casados Gabriela y Luciano fueron a instalarse en un magnífico caserón. Y con la riqueza llegó para ellos la gloria: los cuadros de Luciano comenzaron a ser admitidos en las Exposiciones de honor.

F I N

Próximo número

La preciosa novela

RADIANTE JUVENTUD

Por nuevas estrellas de la PARAMOUNT

Esta semana en *Los Grandes Films*

LA VENUS DE VENECIA

por CONSTANCE TALMADGE y ANTONIO
MORENO

¿Ha adquirido usted ya

BEN-HUR

y EL DEMONIO Y LA CARNE

publicados en las selectas Ediciones Espe-
ciales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA?

PRÓXIMO A APARECER:

LA CASTELLANA DEL LÍBANO

por Arlette Marchal e Ivan Petrovich

Ediciones
BISTAGNE